

LA PEÑOLA,

SEMANARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON FARRILLO DE ALBORNÓZ.

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Trimestre. 9 rs.

FUERA DE LA CAPITAL.

Trimestre. 11 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 10, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
Toda la correspondencia dirigida a nombre del Administrador DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

SUMARIO.—«La imaginacion,» por Lope Torés.—«La Mascara,» (conclusion) novela por José de Castro y Serrano.—«La muger,» por Julio Páramo Arias.—«Por una bota,» (conclusion) especie de novela, por Jacobo Fernandez Brizuela.—Charada.—Soluciones al número anterior.

LA IMAGINACION.

La rapidéz del vapor en cualquiera de sus infinitas aplicaciones; la electricidad elevada al período de su mayor perfeccion, y la luz que se difunde por el firmamento con la fabulosa prontitud de más de treinta mil kilómetros por segundo, nada puede compararse á la prodigiosa velocidad de la imaginacion.

En un solo minuto llega nuestra imaginacion á las más apartadas regiones del mundo, cruza los dilatados espacios, rasga las entrañas de la tierra, halla en su seno innumerables tesoros, recorre la profunda cuenca de los anchos mares, todo lo invade, todo lo abarca, á todas partes alcanza.

En este momento, cruzando mundos y espacios puede conducirnos al más apartado confin de los globos, y desde allí, cual en ilusoria óptica, á través de confusos y sorprendentes panoramas, vé anhelante campos infinitos de luz y de armonía; formidables ejércitos que se acercan y chocan hasta destrozarse; amontonados escombros de monumentos que fueron maravillas del arte; innumerables cráteres que arrojan sin cesar torrentes de destructora lava; violentos huracanes á cuyo terrible empuje no resiste el soberbio muro ni las añosas encinas; y más allá contempla las serenas y transparentes linfas del estenso Océano, que alimentan en su profundo seno la mugiente tempestad; populosas ciudades que desaparecen como Pompeya y Herculano, bajo la ardiente ceniza de la erupcion volcánica; y más allá la imaginacion hace pasar ante nuestros asombrados ojos en veloz

torbellino, las nevadas crestas de los pintorescos Alpes, la cadena gigantesca de los incultos Andes; las fértiles riberas del sagrado Jordan; y nos adormece con el embriagador aroma de los cedros del Líbano, ó con la soñolienta bruma del lago de Tiberiades; y luego el alma, sobreponiéndose á la inerte materia, lleva su contemplacion á las grandezas de la sábia Grecia y de la potente Roma, y las vé pasar en confuso tropel impulsadas por sus violentas pasiones hasta llegar á su ruina y destruccion; mira en sus yermos campos las sombras vacilantes de los soberbios y poderosos Césares, emperadores y dictadores, generales y conquistadores, todos envueltos en ensangrentados sudarios; los espantosos esqueletos de los innumerables legisladores, filósofos y sábios; las derruidas columnas de modelado jaspe, sobre las que se alzaron los famosos templos de Minerva y Teseo.

Allí nos hace ver la soñadora imaginacion, valles amenos tapizados de pintadas flores; y más allá las eternas sombras de interminables bosques, en cuyo oculto seno ruge calenturiento el leon; y más allá los susurrantes arroyuelos que lamen las poéticas colinas donde se asienta magestuosa la encantada Alhambra; ya la envidiable tranquilidad de la ignorada aldea, y ya las desordenadas bacanales de la lasciva Babilonia, y las ennegrecidas piedras de la confusa Babel; y más allá la suave brisa que besa murmurante el nevado cáliz de la purísima azucena; y más allá la colosal garganta del horroroso Simoun, en cuyo seno absorbe las tostadas arenas del abrasador desierto.

Preciso es terminar, y para ello añadiré que la imaginacion, esa preciosa facultad de la inteligencia que solo el hombre ejerce, como vinculada en él exclusivamente con perfecta sabiduría por el Creador, es el don más inestimable, el tesoro más grande que poseemos, y que debemos con solícita predileccion cuidar y emplearle con el mayor acierto y provecho en nuestra triste peregrinacion

por el camino de la existencia, no olvidando un instante que la imaginacion, como legado divino, como esencia de Dios en fin, debe ser guiado por la tambien divina y sublime válvula de la razon y sano entendimiento; pues de otro modo, en alas de su ilusorio ímpetu, lejos de hallar el sonriente porvenir que anhelantes buscamos en la vida, puede conducirnos á veces á la desesperacion y al llanto; á veces á la relajacion y al crimen, y siempre al caos.

LOPE TORÉS.

LA MASCARADA.

NOVELA.

por D. José de Castro y Serrano.

V.

(Conclusion.)

—Se durmió.

—El envidioso entonces, aprovechándose del sueño, echó á pique la barquilla.

—¿Con que la echó á pique? Sí, tiene V. razon, ya recuerdo; la echó á pique. Entonces fué cuando el otro sacó el puñal...

—¿Pero qué puñal? si no hay tal puñal. El otro lo que hizo, si no estoy trascordado, fué soñar que le cubrian de flores su canoa.

—Eso es, si; tiene V. razon: el otro no sacó el puñal, pero debia haberlo sacado... ¿No es esto? Porque una infamia semejante solo la sufre un hombre mal nacido... un miserable... un lacayo, por ejemplo, de esos á quienes se les tira las cosas á la cara, y ellos lejos de ofenderse, lo toman como una gracia de su señor.—Vamos, canta, Lela mia, canta: quiero oír por última vez tu hermosa voz... Yo viveré ya poco: ¿no es verdad, capitan?

Magdalena, que toda la mañana habia tenido una voz limpia y fresca, probó á cantar y estaba enteramente ronca. El capitan, confuso y aturdido, comenzó á buscar en su imaginacion una frase oportuna para despedirse; pero no le fué necesario hallarla, porque el coronel sin despegar sus labios dejó el asiento y se dirigió á su gabinete empuñándose un tarro de Ginebra que llevaba escondido en el gaban. Cuando desapareció de la estancia, el capitan se acercó á Magdalena para decirla:

—¿Qué es eso? ¿está ese hombre loco?

—No, capitan, es peor todavía; ese hombre lo que está siempre es borracho.

—Once dias permaneció el coronel encerrado en casa desde la mañana que tuvo la entrevista con el teniente. En todo este tiempo no consintió que se apartase Magdalena de su lado con pretextos mas ó menos oportunos, aunque siempre justificados. Solo por la noche se separaban los esposos, y eso con gran sentimiento del marido, segun repetia diariamente á su querida Lela. La última de ellas,

poco despues de haberse despedido, tiró el coronel del cordon de la campanilla, y dijo á su lacayo:

—Pide á la señora la llave de la caballeriza (Magdalena las guardaba todas) que voy á ver si comen bien los caballos.

—La llave de la caballeriza tardaba en venir; pero al coronel no debia hacerle gran falta, cuando en vez de salir á cojerla se encerró en su gabinete, y abrió con sumo cuidado el balcon que daba á la calle. Casi al mismo tiempo se abria la cochera de la casa, y salia por ella un embozado á quien al parecer reconoció Alvarez. Volvió á cerrar con el mismo silencio que habia abierto, y gritó después desde la puerta de la sala:

—Dí á la señora que no se incomode, que hace mucho frio.

VI.

A aquel encierro inesplicable sucedió una ausencia inesplicable tambien: durante tres dias no paró el coronel en su casa mas que el tiempo necesario para comer y dormir. Nosotros que conocemos sus más recónditos pensamientos, podemos decir mas: en aquellos tres dias ni comió ni durmió.

Llegado el cuarto, el coronel llamó á su esposa, y se encerró con ella en su gabinete.

—No sé si habrás notado, Lela mia, la dijo, que desde hace algunos meses pasamos una vida menos agradable que al principio de nuestro casamiento. Tú no cantas, no tocas, no sonries, no endulzas mi vejez como lo hacias antes; yo en cambio pasé la vida meditabundo, triste, y lo que es peor, entregado á una embriaguez forzada, que vá quemando mi alma á la par que abrasa mi cuerpo. ¿En qué consiste esto?

—No lo sé, contestó friamente Magdalena.

—¿No lo sabes?

—No.

—Pues bien, yo si lo sé y voy á decirtelo. Esto consiste en que insensiblemente hemos ido perdiendo esa agradable franqueza, esa dulce confianza que constituia en un principio las delicias de nuestra union; consiste en que se han tornado en *majaderias* lo que otro tiempo se llamaban ternezas; en que se ha vuelto mudez y retiro lo que otros dias era locuacidad y apego; en que hemos dejado de comer juntos, de pasear juntos, de habitar juntos; consiste en fin, querida mia, en que yo te parezco cada dia mas viejo, y en que tú me pareces cada dia mas hermosa.

Magdalena permaneció impasible.

—Y bien, ¿qué dices á esto? repuso su marido.

—Nada.

—Eso equivale á aprobar mi pensamiento en todas sus partes, á reconocer la exactitud de mis juicios; eso equivale tambien, ó mucho me engaño, á aceptar el remedio que voy á proponerte.

—¿Cuál?

—El que volvamos á ser lo que éramos.

—¡Me parece imposible! exclamó Magdalena con cierta audacia.

—¡Tienes razon!... dijo el coronel en tono de convicción profunda; pero ¿por qué te parece imposible? añadió con mas naturalidad.

—Porque para eso era necesario que dejases de ser lo que eres.

—Dices bien, Lela, dices bien; yo me he portado demasiado injustamente contigo. Tenia un buen nombre, grande y merecida reputacion, cabellos canos, pero respetables, bienes de fortuna, amor... y con todas estas miserables cualidades, con todo este cúmulo de defectos, con toda esa cáfila de repugnantes vejeces, osé atreverme á la mano de una jóven, pobre, eso sí, pero abandonada de todos; triste y desatendida, pero codiciada para algunos momentos por lo mas brillante de Madrid: te acepté como habias sido, como eras, como debieras ser; te aparté de aquel dichoso aislamiento tan parecido á una agradable miseria; te robé la esperanza de ser la dama de un grande, de gozar las delicias de una odalisca, tal vez de llegar á ser por algunos meses la sultana del mas renombrado harem de la córte. Todo eso hice contigo, Lela mia; pero perdóname; yo te engañé miserablemente; te habia ofrecido la felicidad, y luego no supe darte mas que lo que has tenido en esta casa. Ya ves si me sobrará razon para arrepentirme de mi conducta.

Calló el coronel; su profunda amargura se dejaba traslucir bien claramente, lo mismo en su fisonomía que en sus palabras. Magdalena parecia verse impresionada con el relato que acababa de oír.

—¿Y qué quieres decir con eso? exclamó despues de un momento de vacilacion.

—Quiero decir, continuó su esposo cada vez mas escitado, que necesito en mis últimos instantes (porque creo que ya no podré vivir mucho), que necesito ahora un poco de agua para mitigar la sed que me abrasa; que necesito un poco de mentira para entretener á la verdad que se impacienta; que necesito, Lela, que me engañes para que mi rostro apacible ahora no se cambie en horrible dentro de un momento.

Magdalena se estremeció visiblemente al escuchar esta última frase, porque la fisonomía del coronel esperimentó de pronto el cambio mismo que anunciaban sus palabras.

—Bien, bueno, se apresuró á decirle; yo haré lo que deseas, me prestaré á todo lo que exijas, satisfaré el menor de tus caprichos; habla y conocerás si estoy dispuesta á complacerte.

Quizá el temor inspiró á la esposa este humildísimo razonamiento; pero aunque el tono con que fué pronunciado desdecia algo de la verdadera expresion de las palabras, el coronel pareció tranquilizarse segun el completo giro que espermentaron su rostro y sus ademanes.

—Así, así me gusta, señora mia, dijo entonces con su habitual amabilidad; eso se llama ser una jóven razonable. Ya conocerás, Lelita, que cuando te hablaba así, tendria muy graves motivos para estar alterado. Nuestra sagrada union me impone el deber de no ocultarte nada, y voy á hacerte

partícipe de mi secreto. Sabe, Lela, que estoy amenazado de una catástrofe.

—¿Cómo!

—¡Horrible!

—Pero ¿cuál? ¿dónde? ¿por qué?

—Dentro de pocas horas voy á batirme.

—¿Con quién? exclamó la esposa sobrecogida de espanto.

—Con un quidam á quien no conozco.

—¿Pues entonces!...

—Voy á decirte. Hay en este duelo circunstancias tan estrañas, que me le hacen temer mas que la misma muerte.

—¡Habla!

—Suponte que voy á batirme por un amigo de muchos años á quien un pisaverde trató ayer de poner en ridículo, enseñando en la calle de la Montera cartas de su esposa.

—¿Y eso es bastante para...

—Sí, hija mia, eso es bastante. Sean ó no auténticas estas cartas, la honra de un amigo debo yo defenderla con mi sangre. El no sabe nada; pero esta circunstancia es precisamente la que mas ha turbado mi espiritu; porque como vuelvo la vista hácia mi y me veo viejo... achacoso... enfermo... y tú tan jóven... tan linda... Perdóname, Lela; me asusta tanto la idea de una posibilidad!... ¡oh! perdóname, sí, soy un insensato... Me olvido, Lela, de que eres tú la que juró conmigo su fé.

Si Magdalena temblaba en este momento, nadie lo hubiera conocido.

El coronel continuó:

—Pues como te decia, mi amigo no sabe nada; pero esto mismo me ha obligado á meditar por él. ¿Y sabes que es horrible todo cuanto se piensa de un hecho semejante? Supon que el marido conoce su deshonra y decide tomar parte en el asunto; ¿qué caminos se le ofrecen? ó la venganza ó el desprecio. Para vengarse dicen que necesita batirse, y en este caso, ó muere, y entonces tras de la deshonra el crimen. Tú diras: pues que desprecie!... Si desprecia y lo ignora el mundo, le toman por necio, por mentecato, por bobo, está perdido; si desprecia y el mundo sabe que desprecia, le llaman cobarde, sin pudor, villano, está deshonorado.—Pero aún le queda un medio, podrás decirme: que apele á la justicia de los hombres, que llame en su ayuda la fuerza de la ley. ¿Sabes tú lo que para ese pobre marido ha dispuesto la justicia de los hombres? Que cele á su muger, que la vigile noche y dia, que la sorprenda en brazos de su rival, ¿entiendes? en brazos de su rival, pues de no ser así, pierde todo derecho; que entonces alborote, escandalice, entere de su vergonzosa posicion á todo el mundo, y cuando esto haya sucedido, que alce un puñal asesino y taladre con él traidoramente el pecho de su rival y el de la madre de sus hijos. Esa es la justicia de los hombres. Ellos han dicho: si abandonamos al desgraciado, tiene que optar entre la deshonra ó el crimen; pues bien, amparémosle con la ley, y entonces que lave su afrenta con el asesinato y la deshonra. ¿Sabes que es

horroroso todo esto? ¿Sabes que sería necesario inventar un nuevo suplicio para la mujer que olvida sus deberes? ¿Sabes que el asunto merece la pena de pensar en ello?...

—Sí, tienes razón, exclamó Magdalena conmovida, eso es horroroso!... Pero tú no te batirás, no querrás proporcionarme un pesar como ese á tus años... con tus achaques... con tus...

—¡Pobrecilla!... ¿Temés que ese titere venza en el combate? ¿Crees que con mi experiencia y mi brazo peligrará mi vida? No, tontuela, un arañazo más ó menos, y hasta otra vez. Con que, Lelita, es necesario aprovechar los momentos..... porque..... ¡qué diablo! también puede tocarme la china, y entonces todo acabó. Con que vamos, haya entre nosotros un instante de dicha como en los primeros días de nuestra felicidad. Sé cariñosa, complaciente, ámame siquiera esta vez, y quizá hasta desista de ese pícaro duelo que tanto y con tanta justicia me ha afectado. ¿No es verdad que tú deseas agradarme siquiera esta vez?

—Prométeme antes que desistirás... ¡Prométemelo, y volveremos á ser felices como el primer día!

—¿Felices?... Pues bien, te lo prometo, no me batiré hoy.

—¡Hoy! pero ¿y mañana?

—¡Mañana! ¿quién sabe lo que puede suceder mañana?

—¿Es decir, que escusarás tu compromiso de hoy?

—Lo escusaré.

—Pues entonces manda, ordena, soy tuya enteramente.

—Prometes tú no llamarme majadero?

—Te lo prometo. ¿Qué es lo que deseas?

—Quería que volviésemos á aquellos felices días en que pasábamos la vida hechos unos verdaderos muchachos; tú, porque estabas en la edad de ellos; yo, porque á tu lado habia conseguido rejuvenecerme. Quizá te vas á reir de mis tonterías... Pero figúrate que nos vemos ahora por primera vez; que tú gustas de mí, y que yo me prendo de tus gracias; figúrate que nuestro amor ha nacido sin motivo plausible, porque tú te hallas bien al lado de tu madre y yo me puedo encontrar otra jóven cualquiera que sea de mi agrado; pero figúrate que ese amor ha nacido; figúrate también que tu madre sospechando nuestras relaciones ó habiéndolas sorprendido, se opone á nuestro gusto y te cela y te vigila y te prohíbe salir á la calle y hasta asomarte á los balcones; figúrate que queremos hablarnos, y que tú á hurtadillas de tu madre cojes una pluma (el coronel vá haciendo ejecutar á su esposa cuanto dice), un pedacito de papel, y escribes: anda, escribe; pon ahí lo que yo te vaya dictando. La ilusión ha de ser completa.

«Alvarez, ya sabes que no podemos vernos como antes, pero hoy tengo esperanzas de que pasemos algunas horas juntos. Ven dentro de una hora á lo mas, y espérame en la cochera del patio. Si yo puedo ir allí, iré; si no voy, es que tú puedes subir, y hablaremos con mas comodidad.»

—Pon: *Magdalena*; esto es, firmada y todo. Figúrate ahora que llamas al criado. (El coronel tira de la campanilla y se presenta el lacayo. (Toma, (le dices), lleva esta carta adonde llevabas las otras (que es precisamente á mi casa): (el criado recibe la esquila y desaparece). ¿Ves? el criado toma la carta como lo ha hecho, y la lleva á mi casa; la abro, la leo, (esto no está sucediendo, porque ese bruto de lacayo se lleva la esquila ignorando la broma que traemos entre manos). Pero supón que la leo: «*Magdalena*; (te contesto) (el coronel toma la pluma y escribe) tu esquila debia sorprenderme, pero el amor con obstáculos es tan ciego, que no veo en ella nada que me pueda sorprender.

Dentro de una hora estaré donde me dices; allí destruiremos el fondo de la canoa mientras la infeliz de tu madre crea que estamos adornándola de flores...»

—¿Qué dices?... interrumpió Magdalena asombrada, ¿has perdido el juicio? ¿qué carta es esa que estás dictando?

—¿Lo ves, Lela? al fin no has podido menos de rebelarte con mis majaderías! Pero dejemos esto, que mas parece juego de niños que pasatiempo de amantes. ¿Sabes lo que pienso? Que salgamos á dar un paseo en la carretela. ¿Querrás?

—Por qué no?

—Voy á decir que enganchen.

Mientras el coronel salió de la sala, Magdalena quedó confusa y sin saber qué pensar de toda aquella extravagante escena. Los licores habian puesto sin duda á su marido en el estado de un muchacho ó de un loco.

—Ahora quiero, dijo volviendo al lado de su esposa, que mientras llegá la hora del paseo, te muestres dócil para otra debilidad.

—Habla; ya sabes que me he propuesto darte gusto.

—Pues bien; deseo verte vestida como la noche de nuestra boda.

—¿Qué dices!...

—Lo que oyes: ya sabes que hemos convenido en hacer vida nueva, y preciso será que empiece con todos sus pormenores. Además que aquel lindísimo traje costó un dineral y no es cosa de dejarlo en un rincón hasta que se pudra. ¡Estabas tan hermosa con él!

—Pero hombre, ¿no ves que van á reirse?

—¿Y quién? Aquí Estamos solos, nadie nos ve, ni nadie debe saberlo.

—Pero ¡con el frío que hace!...

—No tal: echaré mas leña á la estufa y mandaré poner un par de braseros. Sobre todo, ¿quieres ó no quieres.

—Sí, al momento.

Y Magdalena, ayudada de su marido, vistió el lindo traje de novia, blanco como la nieve, con sus preciosos encajes, sus frescas flores y brillantes adornos. Acomodóse despues su corona nupcial, lisó sus cabellos, perfumó su falda y colocóse sus perlas y sus joyas, cada vez menos desdeñosa, sin duda porque al verse tan bien prendida, recordó su

vanidad de muger. ¡Magdalena estaba encantadora! Concluido el tocado la dijo el coronel:

—Sabes qué pienso? Que salgamos á paseo tal como nos hallamos vestidos.

—¡Estás loco!

—¿Y por qué? A mí nadie ha de mirarme; de modo que con este gabancejo raído y mi sombrero de castor voy hecho un elegante; pero á tí que nadie te ha visto tan linda, porque ya sabes que nuestra boda fué bien poco sonada, no estará demás que te vean tan rozagante y bella.

—Pero van á reirse de nosotros!

—¡Dale con la risa! y que se rían ¿qué nos importa? tratas de enamorar á alguno?

—¡Libreme Dios!

—Pues entonces solo dirán que es un capricho, y aun se puede cundir despues que ha sido una apuesta.

—¡Oh! no, eso no, de ninguna manera. En casa todo cuanto desees... pero en la calle...

—¿Y si yo me empeñase en creer que fundas alguna mala idea en dejar de condescender á ese capricho?...

—No tendrias motivo para ello...

—¿Y si los tuviera?

—Serian injustos.

—¿Y si te presentase pruebas?

—¡Vamos al carruaje! gritó la jóven como indignada. ¡El ridículo antes que mi honor!

Y Magdalena se adelantó al pasillo en aquel estado, con ese resuelto ademan de la muger que todo lo arrostra en un instante de despecho.

La ferocidad reprimida del coronel, el torcedor que por espacio de tantos meses habia devorado, sus deseos de venganza, su crueldad despertada entonces, se revelaron instantáneamente en la ligereza de sus movimientos, en el vibrar de su voz, en la dilatación de su rostro, en la violencia de sus pasos. Corrió la escalera llevando por el brazo á su esposa; entró en el patio, hizo girar la puerta de la cochera, asió una gruesa cadena de hierro que le presentaron, y bien pronto con una fuerza espantosa, sobrehumana, hercúlea, arrastró tras si con la una mano á su esposa medio desfallecida de horror, y con la otra la gruesa cadena que rematando por una argolla de perro, servia de lazo al cuello de un hombre. En tal estado, atravesó el patio de su casa.

La carretela, que abierta á todo su abrir y abandonada por los criados aguardaba á la puerta, se vió bien pronto correr á todo escape calle abajo, llevando pendiente de la zaga la maroma de hierro, en el interior á Magdalena vestida de boda, y en el pescante al coronel que vomitaba furias, mezclando á los gritos mas espantosos las violentas sacudidas del látigo sobre los caballos.

Bien pronto las gentes que transitaba por las calles, las que ocupaban casi todas las tiendas, las que salian á los balcones, y sobre todo las infinitas que corrian en direccion del tumulto, comenzaron á dar á aquel extraño espectáculo el carácter de inusitado, de asombroso, de inesplicable. Un carruaje corriendo á todo correr, un hombre

conocido y de honrosos y favorables antecedentes haciendo de cochero, y no de otra manera que si intentára estrellar la caja que conducia; una muger hermosa, jóven, conocida tambien, ataviada en medio del invierno con vestido blanco de encaje, coronada de flores, lazos sobre su pecho escotado, delirante, angustiada, cubriéndose el rostro con las manos y demandando auxilio entre un torrente de lágrimas; este espectáculo, y sobre todo el de un militar jóven, señalado por todos como de los mas elegantes y afortunados de Madrid, sujeto por el cuello á una argolla punzante y arrastrado desde la trasera del coche por una maroma de hierro, este espectáculo, volvemos á decir, asombraba, escandalizaba, horrorizaba á aquellos de los espectadores mas sensatos y de mejor juicio; pues que los vulgares y aficionados á cosas extraordinarias corrian en tropel tras de la ruidosa carretela saludándola á su paso con gritos de admiracion, de desprecio, de procacidad, de burla. El teniente de lanceros, á quien el lector debe haber conocido rato ha, habia hecho desde que se vió bruscamente acometido, horribles esfuerzos para desprenderse de aquella ignominiosa argolla, ó romper los eslabones de la cadena; pero la violencia con que marchaba el carruaje, las precipitadas vueltas que en su camino le hacian girar, y lo oprimido de aquellas ligaduras, le obligaron á no pensar mas que en contenerse con vida durante la espantosa travesía. Asido á veces á la misma maroma, abalanzado otras hasta la barra del eje, lanzado las mas de su primitiva posicion por un tremendo vuelco, iba con el rostro amoratado, las manos crispadas y su traje todo en desórden, próximo á dejarse arrastrar por las piedras y el fango por falta de espíritu y de fuerzas. El coronel, por el contrario, cada vez mas fuerte, mas enérgico, mas infernal, no hacia caso ni de los mil curiosos que á su paso salian intimándole que se detuviera, ni de los agudos gritos de su esposa, ni de los sangrientos bramidos de su rival: sacudiendo el látigo con una celeridad comparable solo á la estremada carrera de los caballos, atropellaba á hombres y mugeres; á autoridades, á soldados, á cuantos en fin, trataban de hacerle ceder de su propósito.

Ya las gentes todas del centro de la poblacion habian reconocido á los tres personajes. Los nombres del capitán, del coronel y de Magdalena corrian de boca en boca, pero sin reserva, sin salvidad, á gritos. Algunos se regocijaban de la furia del coronel; pocos tenian lástima de Magdalena, y ninguno salia en defensa del capitán.

Por último, las voces, la algazara, los silbos, las imprecaciones, las pedradas llovian de continuo sobre el infernal convoy sin que al que le proporcionaba movimientos y bríos, le ocurriera el propósito de abandonar su caminata. Solo en el instante en que el aturdido coronel conoció que el cuerpo arrastrado por la zaga del coche no hacia ya esfuerzo alguno por detener su marcha, fué cuando rendido, jadeante de fatiga y próximo ya á rodar de su altura, abandonó el látigo y las riendas, saltó del pescante, y entre la oscuridad del

crepúsculo, la confusion de los espectadores y el asombro general, desapareció á la vista de todos.

La autoridad se apoderó en el acto del cuerpo del capitán, palpitante y animado todavía, aunque contuso, herido y descuadernado. A Magdalena, que habia perdido el conocimiento y al parecer la razón, se la condujo en un carruaje al primer asilo de caridad que se hallaba cerca. Allí se desprendió sus joyas, desgarró sus encajes, y atormentó su cuerpo con las violentas sacudidas de una convulsion epiléptica. Vuelta en sí, confesó su delito y solicitó ingresar en la reclusion de las mugeres desgraciadas. Un hábito de bayeta y la oracion constante, decia que aún no serian suficientes descargos para las tribulaciones y remordimientos de su conciencia.

El capitán murió confeso y resignado, la noche misma del acontecimiento.

Del coronel Alvarez, no se ha vuelto á saber una palabra.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

LA MUGER.

La muger es un anagrama.

La muger es un problema sin solucion alguna.

Es una criatura grande que se entretiene con juguetes, procurando deshojar el tiempo, sin ver que ella vá perdiendo el aroma, mientras que el tiempo se mantiene incólume á sus asechanzas.

Existe una máxima entre la gente de buen humor, que dice, entre mil hombres se halla uno bueno; entre todas las mugeres del mundo, ni una sola que lo sea.

¿Teneis tal creencia? ¿Os figurais que esté esto en lo posible? No; Si os remontais á los primeros tiempos, en los campos de la Historia Sagrada, encontraréis mugeres como Jerabel, Dálila y Bet-sabé, muger de Uriás, que con sus maldades, traiciones y vicios, perdieron al pueblo de Israel, pero tambien, Dévora derrotando á Jabin, rey de los filisteos; Judit salvando á Betulia de Holofernes, y Susana con su mucha virtud, hicieron olvidar á ese mismo pueblo la causa de su desgracia.

Recorrer tambien página por página la historia profana de los pueblos, y al lado de una Mesalina contemplareis una Virginia, enfrente de Lucrecia y Cleopatra, una Isabel la Católica, una Juana de Arco; y si bien es verdad que las unas manchaban el buen nombre de los pueblos que representaban; las otras forman la apología de las glorias pátrias donde florecieron.

Por esto comprendereis el símil que Dubay sentó, de que la muger es un misterio en que todos tienen fé sin poderlo descifrar.

¿Se conocen ellas mismas?

¿Pueden tener la evidencia de lo que son?

La abnegacion en su más alto limite es su norte. Pero tambien practica la maldad.

Elas son el faro de las ilusiones en el principio de la vida del hombre, pero tambien constituyen la causa de su perdicion.

Elas son la virtud personificada.

Pero, ¡ah, si no la representan! El vicio del lupanar lo encuentran estrecho para saciar su sed inagotable de placeres.

Su alma es el álito que Dios dejó escapar para formar la existencia más perfecta de su semejanza

Pero tambien en vez de ese alma, esencia de lo divino, puede estar constituyendo el soplo de lo satánico.

Entre ellas escogió el Señor su madre la Virgen sin mancha, ¡María! la que encontró en sí suficiente abnegacion para ser mediadora ante él de los pecadores, siendo ella igualmente el aroma de la pureza.

Pero Satán se vale de la muger, como causa de nuestra perdicion segura.

¡Qué más hermoso y respetado que la figura de una madre!

¡Qué más horrible y despreciado que una Mesalina!

La muger es el ángel de la familia.

Tambien representa lo podrido de la sociedad.

¿Comprendeis el cielo sin muger?

¿Hallais el crimen sin ella?

¿Podeis pensar esto sin divagar?

¿Os creéis con el criterio suficiente para descifrar el geroglífico que representa? Es la perdicion ó el áncora del hombre?

Shakspeare, ese gran sábio inglés que tanta autoridad tiene en el mundo filosófico, concluia sus meditaciones sobre el sexo femenino, diciendo:

«La muger es un manjar digno de los Dioses cuando no le guisa el diablo.»

Concluyamos, pues, nosotros: la muger es lo que es; considerémosla segun lo que represente, procurando hallar en ella nuestro ángel bueno.

JULIO PÁRAMO ARIAS.

POR UNA BOTA.

(ESPECIE DE NOVELA.)

CAPÍTULO IV.

De cómo hay mugeres que lo parecen y no lo son.

(CONCLUSION.)

Cinco minutos despues, llamó éste, la criada le entregó la esquela, y yo muy satisfecha le vi bajar las escaleras pensativo y apesadumbrado.

¿Por qué? Efectos de mi carácter. Yo le queria á Gabriel. Ahora le adoro, y sin embargo, veia con placer que papá le despedía de casa.

Y es que yo le amaba con toda mi alma: yo me sentia capaz de sacrificarme por él, de faltar á todos por complacerle; y queria que así como yo todo

lo hubiera dejado por él, él me correspondiese lo mismo.

Y Gabriel había empezado faltando á una cita importantísima. Conocía perfectamente el carácter de mi padre, y no había acudido á la hora oportuna.

¿Por qué? Quizá alguna muger; quizá un amigo le habría detenido en su camino. Esta era la falta que yo le suponía. El había preferido un extraño á mi, y desde aquel momento ya no correspondía á mi apasionado amor.

¿Cómo había de suponer que una bota era la causa de su falta de puntualidad?

Al día siguiente, por medio de la doncella, averigüé la causa de todo. Sin que Gabriel lo supiera, mi criada preguntó á todo el mundo. Cuando volvió á casa y me dijo que no había tenido la culpa, sentí lo que había hecho y supliqué á mi padre que le perdonara, refiriéndole todo.

Pero mi padre no estaba enamorado y tenía un carácter más violento y exigente que el mío. Así que me negó rotundamente toda avenencia.

Pasé un día luchando. Por la noche fui á casa de una amiga y no volví.

Había llevado conmigo unas alhajas y hui de casa y de Madrid: ya que no podía ser feliz casándome con el hombre que amaba, no quería habitar en el lugar de mi dicha pasada.

Mi padre me buscó; leí en los periódicos mil sueltos con suposiciones injuriosas, y nada; permanecí encerrada en Valladolid, resuelta á no volver.

Pero se acababan mis recursos: el dinero que había sacado de casa y el producto de algunas alhajas, se me concluyó, y la miseria llamó á mis puertas.

Yo no conocía á nadie aquí, y entonces quise volver á casa; pero era tarde.

Escribí á mi padre, á mi amante; ninguno me contestó.

Instada por la necesidad busqué trabajo, y aquí me tiene usted convertida en una modista, habiendo sido una de las más ricas que paseaban por Madrid.

—¿Pero y el zapatero?

—Ese es mi único acreedor. Hace dos meses le compré unas botas: no pagué el importe total por no tener bastante: le dí algo á cuenta, y despues he ido comprando otras cosas sin acordarme de pagarle, y el hombre siempre que me vé, me sigue con más afán que si fuese un marido celoso en busca de su muger.

CAPÍTULO V.

Lo de todas.

Era un hermoso día de verano.

El señorito Julio había empezado su breve reinado con muchos bríos.

Se conocía que el hombre había tomado con *mucho calor*, las riendas del gobierno del mundo, pues su inmediato súbdito, el sol, enviaba sus ro-

jos rayos más ardientes que de ordinario, haciendo aumentar el color de las megillas, de las bellas *transeuntes*.

Una de estas, más hermosa que *la noche idem*, acompañada de un jóven, al parecer miope, paseaba por el campo grande, á las siete de la tarde de dicho día.

Ella era Maria Luisa; él era yo.

De pronto otro jóven, cuyos piés disformes por lo grandes, denunciaban á Gabriel García, se acercó pálido, convulso y trémulo, al grupo formado por los antedichos.

—Mi Luisa, dijo. Al fin te vuelvo á encontrar.

—Sí; contestó ella precipitándose en sus brazos.

—Cuidado, señores, que nos observa la gente.

Ella se ruborizó más, él se *blanqueó más*; quiero decir se puso más pálido; y yo añadí *sotto voce*, dirigiéndome á Luisa:

—Si esta entrevista hubiera sido en su casa de usted, nos ahorráramos esto.

—Pero no sabe usted, que había hecho promesa de encontrarle en la calle.

—Caramba con las promesas de usted, y...

—Basta, queridos amigos; dijo Gabriel. Hoy soy el más feliz de los mortales: vuelvo á verte, Luisa mia, y mirad la carta que he recibido esta mañana de don Pedro.

—De mi padre?

—Sí, alma mía: oid.

Gabriel nos leyó una carta fechada en la Habana de su papá suegro, en que le anunciaba su vuelta á España sin su adorada Luisa, y lo infructuoso de sus pesquisas en América.

«Debe estar en Madrid, añadía, pues es imposible que haya podido salir de él.»

Concluía suplicándole le ayudara á buscarla, prometiéndole la mano de Luisa, si al fin la encontraba.

—De modo, añadió Gabriel, que tu papá llegará á Cádiz dentro de ocho días: nosotros estaremos esperándole y verás qué alegría más grande recibe al encontrarse con nosotros.

—Creo lo más oportuno, dije, que esta noche se pongan ustedes en camino, porque...

—Como?... Usted ha de venir con nosotros, dijo Gabriel, para que don Pedro conozca al amigo que nos ha proporcionado tal dicha.

—Pues iremos.

Al siguiente día, (pues por la noche no pudo ser,) la veloz locomotora arrastraba un pesado tren en dirección á Madrid.

En uno de sus coches, íbamos los tres.

El zapatero famoso había recibido su pico y una reprensión de Gabriel.

Llegamos á Madrid, á las ocho de la noche.

Ah! Madrid, ¿qué diré yo de Madrid? Me gustó mucho; permanecimos dos días, y cuatro despues del en que tuvieron lugar los sucesos relatados anteriormente, y arribamos á Cádiz.

Cádiz! la perla del mar. El pueblo de las mugeres hermosas encantadoras.

Donde el sol brilla siempre despejado, donde se comen las ricas naranjas de la China, y adonde

llegó don Pedro pocos días después, á bordo de un vapor de A. Lopez y Compañía.

Don Pedro y yo simpatizamos.

El era muy aficionado al rom, poco al tabaco. Cosa rara en un marino, pero verdadera, como esta historia.

Yo al contrario; íntimo amigo del cigarro, aborrezco al rom.

Entre los dos formábamos un marino completo. El bebía, y yo fumaba.

Así pasamos unas cuantas semanas.

Habíamos vuelto á Madrid para que se realizase la unión civil y eclesiástica, de Luisa y Gabriel.

Por fin se verificó: fué mucha gente á la boda, hubo baile por la noche, y los novios, contrariando á la moda, permanecieron en Madrid, en vez de pasar la luna de miel en el extranjero.

Yo les acompañé algunos meses; luego volví á Valladolid; estuve otros mesecitos, hasta que un día recibí un telégrama de don Pedro, en el que me llamaba á Madrid con mucha urgencia.

Luisa habia dado á luz un robusto infante.

Marché en el tren de la noche, y una semana después, escribí el siguiente

EPÍLOGO.

(Género corto.)

Ha pasado un año desde el día en que empezó el capítulo anterior.

El cura de San Ginés, vestido de sobrepelliz, derrama el agua bendita sobre la cabeza de un recién nacido, á quien pusieron por nombre Pedro, Gabriel, Luis, Jacobo de García y de Quiñones.

Un jóven, á quien un ligero vello en el labio superior anuncia la salida del bigote, sostenia en sus brazos á la criatura al pié de la pila bautismal.

Aquel jóven era el padrino, y el padrino era,

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

Por andarse un simplon mirando el cielo
contando las estrellas,
tropezó, resbaló, cayó en el suelo
y allí la suya divisó con ellas.

«Hay hombres desdichados
que nacen con la estrella de estrellados.»

Mariquita Cardona,
viendo pobre á su esposo le abandona;
mas tocó al infeliz la lotería
y volvió á reanudar la compañía.

«Hay hombres con tal suerte,
que allí do está el vivir está la muerte.»

M. C. DE A.

Presta el sol sus rayos de oro;
el aire nos presta aliento,

y presta don Isidoro
al cincuenta y dos por ciento.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

CHARADA.

1.^a

En un *primera* y *dos* que al viento suelta
azotaba al correr su crin rizada,
yo vi en un prado juguetero y alegre
al pié de *dos* y *cuatro*, *prima* y *cuarta*;
conozco una morena muy bonita
que es mi *segunda* y *prima* por desgracia;
tercera y *cuarta*, sin dudar lo digo,
es un baile andaluz y una vianda,
con perdon de los graves académicos
y tambien con perdon de la gramática;
y el *todo* es, ¡oh lector! diminutivo
del nombre de un amigo que me agrada:
con datos tan seguros y tan claros,
creo que acertarás esta charada.

L. T.

2.^a

Es la *prima* tierra ardiente;
la *dos* nota musical,
y es el *todo* estomacal
para el infeliz doliente.

(La solución en el próximo número.)

Soluciones al número anterior.

CHARADA.

Del monte bajó una *osa*,
y al *rio* se encaminó;
un *Osario* se encontró,
oyó una *risa* espantosa
y al pueblo de *Orio* marchó.

FUGA DE VOCALES.

Brindis.

Tras tres tragos y otros tres
y otros tres tras los tres tragos,
tragos traga y tras estragos
tropa intrépida al través:
travesuras de entremés
trápalos trama y tragon
treinta y tres tragos de ron;
tras trozos de trucha estreno
tristes tragos, truene el trueno;
trun, tran, tren, trin, torrotron.

V. AIGUALS DE IZCO.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.
ANGUSTIAS, 1.